

Blasco Ibáñez dará la vuelta al mundo impresionando su película cerebral
(De *La Prensa* de NY)
(*El Mundo* [Puerto Rico], 26-11-1923)

Paseando por su salón del McAlpin, como una fiera enjaulada, mientras acaba su *toilette*, los nervios crispados por el ataque constante de tantos «leonizadores», con una zamarra de «boudoir» de violentos colores en armonía con el estado agitado de su ánimo, rabia más bien que espera el gran novelista español que vuele el breve tiempo que le separa del vapor que va a llevarlo a nuevas aventuras y escenas fantásticas y pintorescas de su viaje alrededor del mundo.

Chinos, japoneses, indios de todos los colores bajo cielos tropicales, árabes, persas, egipcios que esperan como el vellocino de oro «el permiso de traducción de sus libros», atormentan la imaginación del escritor mientras guerrea, con sus baúles, intentando apretar en su escaso equipaje montones de libros y papeles que aún quedan esparcidos por el cuarto. No podemos decir si la victoria coronaría sus esfuerzos o si tendría que pedir por teléfono un baúl más... Pero ¿cómo aumentar su equipaje para esta peregrinación que ha de llevarle quizá a parajes en que el hombre civilizado no ha puesto antes los pies? ...

La primera escala

—Voy a Cuba primero —dice Blasco Ibáñez—. Acabo de recibir un cablegrama, anunciando que me irán a recibir al puerto las autoridades, los profesores de la universidad... ¡qué sé yo!... Tendré que ir enseguida a hacer un discurso en la universidad. Solo estaré un día en la Habana, Seguiré a Panamá, luego a San Francisco. De allí a las islas Hawái...

El novelista vibra al calor de su fantasía imaginando, viendo en el aire, ante sí, mientras pasea agitado hablando rapidísimamente, en palabra gráfica y pintoresca, las escenas llenas de color, de ruido, de exotismo que van a desarrollarse ante su paso en su «vuelta al mundo» a bordo del *Franconia*.

—En Hilo —explica con convicción y entusiasmo—, van a reunir todos los bailarines y bailarinas de hula-hula y me darán una función, de allí marcharemos todos al buque precedidos de una gran procesión, me harán una gran fiesta...

Honolulu aparece enseguida en el itinerario del novelista y brotan de su imaginación más escenas deslumbrantes de color. Luego llega al Japón:

—Me esperan allí y me van a hacer fiestas... Yo conozco a todos. Debían haberme ya traducido todas mis obras allí, pero ha habido un terremoto terrible, yo no sé lo que haya ocurrido...

El misterio de la India

Abandonará en el Japón Blasco Ibáñez el buque; pasará a Corea, a la Manchuria; entrará en China y llegará a Pekín. Volverá a Shanghái y al *Franconia*; irá a Hong Kong y Cantón en China.

—Pasaremos a Filipinas —sigue evocando arrebatadamente Blasco Ibáñez—; iré a Java, Batavia, seguiré a Sumatra, Singapur; tocaré en Birmania, Rangoon célebre por las pagodas que cantó Rudyard Kipling... Luego a la India, desembarco en Calcuta y entro en Benarés...

El novelista español está ya en pleno misterio de Asia y su fantasía continúa exaltándose y bullendo mientras pasea en su indumentaria bizarra por el salón del McAlpin. Se le ve viviendo ya en la India. Visitará una porción de ciudades de ese lado de la India. Y por todas partes, «fiestas, fiestas, fiestas»...

—Embarco en Calcuta y voy a Ceylán y paso al otro lado de la India —sigue declarando el novelista—. De Bombay por ferrocarril paso al interior, a Agra Dehli, a Lahore y a muchas otras ciudades. Embarcamos otra vez en Bombay y entramos en Egipto, pero al enfilear el Mar Rojo, frente a la Meca, yo con un pequeño grupo desembarco; en Port Sudan atravesamos la mitad del Sudán y vamos a Kartoum, en el alto Nilo, en las cataratas... donde mataron al general Gordon y donde Kitchener se hizo célebre y batió al Mahdi. Allí embarcaremos en el Nilo, bajamos hasta Assouan. Desembarcaremos allí para volver a embarcar bajando por el Nilo y contemplando en nuestra ruta todas las ruinas de Egipto hasta llegar al Cairo y Alejandría y volver al vapor de la excursión

El retorno en tranvía

Blasco Ibáñez termina su itinerario fantástico mientras lucha nervioso con el equipaje rebelde a la escasez de los baúles. Su imaginación genial puede verse vibrando y adelantando las maravillas de viaje con todos sus incidentes, su colorido exótico, sus cambiantes panoramas, sus poblaciones de todas las razas que desfilan ante él en un continuo caleidoscopio en que las «fiestas, fiestas, fiestas» se suceden sin cesar en honor del gran valenciano.

—El vapor se detiene en Nápoles, acaba, y llega a Montecarlo y yo vuelvo a mi casa de Menton en el tranvía. Y cuando me pregunten mis vecinos de por allí curiosamente: «¿De dónde viene usted en tranvía?», yo diré: «De dar la vuelta al mundo».

La vuelta al mundo, la de Blasco, es una excursión organizada por el American Express. Le cuesta 12 000 dólares.

—Será más, será más —dice el novelista vivamente—, ¡oh! mucho más; pero eso es lo que me cuesta ya ahora.

A bordo va un fotógrafo americano particular y otro de la Metro que tomará películas de los parajes visitados por el autor de *Los cuatro jinetes del*

Apocalipsis. Este escribirá un libro del viaje que se titulará *La vuelta al mundo de un novelista*. Después escribirá muchas novelas. Invertirá en el recorrido seis meses.

—Antes tal vez —dice ya al fin de su apasionante descripción del viaje que va a empezar—, escriba una novela contra la guerra, para acabar con la guerra, para destruir la guerra, que me piden aquí que escriba. «Usted es el único» — repite Blasco— y quizá lo haga.